

siempre que á la otra parte conociese mayor peso, que hiciese inclinar la cabeza del juicio.

SILV. — No puedo negar, Teodosio, que teneis razon, solo digo que no persuadireis eso á quien estuviere como yo criado con otras máximas.

TEOD. — Pues me contentaré con persuadirlo á Eugenio, que aun no tiene esas máximas erradas ó falsas preocupaciones; y como su instruccion es la que me obliga á estos discursos, me daré por satisfecho con que á él le sean útiles; y como él se deje persuadir, consigo todo lo que pretendo. Pero no avergonzándose nadie de confesar que está enfermo, y llamar al médico, quedando muy contento si este le liberta de la enfermedad que padecía, es lástima ver que un hombre que tiene en la cabeza un error (el cual es enfermedad del alma) se corra de confesar que está enfermo, y reciba molestia de que quieran curarle. ¿No seria una cosa ridícula el que un hombre, que yendo bien vestido tropezase y cayese en el lodo, no quisiese que le ayudasen á levantarse y limpiarse? La vergüenza debo tenerla de haber caido, pero despues que todo el mundo sabe que caí, no es vergüenza levantarme ni limpiarme. Lo mismo digo del error: conozco que caí, conozco que erré, debo levantarme al instante, y quedar muy agradecido á quien me dió la mano, y me ayudó á purificarme de aquella mancha. Eugenio, tened mucho cuidado con esto, que es un vicio que comprende á todos: todos tienen este achaque en su entendimiento, y se debe tener por feliz el que estuviere libre de él ó menos oprimido.

EUG. — No os molesteis, que bien persuadido estoy de lo que habeis dicho contra la tenacidad, y haré cuanto pueda por preservarme de este vicio del entendimiento, supuesto que es tan nocivo y tan general como decís.

TEOD. — Vamos ahora á tratar de otro achaque opuesto, que es la *ligereza ó nimia precipitacion* en el juzgar, y somos tan miserables, que á veces padecemos estas dos enfermedades á un tiempo, siendo muy fáciles en dar la sentencia sin el debido examen, y tenaces en estar por ella, diciendo como Pilatos: *Quod scripsi, scripsi*, aunque erremos como él erró, y conozcamos como él nuestro yerro. El que es así, Eugenio (permitid que me explique de este modo), tiene el entendimiento lisiado de ambas piernas, porque cojea y cae hácia partes opuestas.

### § III.

De la precipitacion, que es otra enfermedad del entendimiento, y de su primera raiz, que son las pasiones.

EUG. — Yo estoy persuadido, amigo Teodosio, á que entre todas las materias que habeis tratado despues que tenemos estas conferencias familiares ninguna hay tan importante como esta.

SILV. — Aun no habeis penetrado toda su importancia, porque todavía no habeis oido las reflexiones que se han de hacer sobre ella.

TEOD. — Eugenio, bien podeis armaros de paciencia, que yo he de esplicarme á mi modo; pero tened por cierto que no os diré una sola palabra que contemple inutil para el fin de instruiros.

EUG. — Paciencia tengo, aunque para oiros no la necesito, pues recibo el mayor gusto con vuestra doctrina.

TEOD. — Nuestro entendimiento es velocísimo en el juzgar, y naturalmente impaciente en la detencion y suspension; y de esta suma velocidad y grande impaciencia procede la *precipitacion* de nuestros juicios, porque mirando al objeto, aunque en él no veamos el predicado de que se trata, si vemos cualquier indicio ó apariencia de que lo tiene, luego nos sentimos inclinados á juzgar que el tal predicado se halla en él; de suerte que es preciso hacer fuerza al entendimiento para suspenderle. La primera raiz de estos males, que es la mas fecunda, y comprende á todos los hombres, son las pasiones: aquí todos tropiezan ya mas, ya menos: cuando un juicio lisonjea nuestra pasion, sea el que fuere, sentimos una increíble fuerza por formarle, y cualquier indicio nos parece mucho mas fuerte de lo que es en realidad. Pongamos ejemplos prácticos. Las alabanzas eternas son un indicio del interior concepto y estimacion que hacemos de la persona á quien alabamos, y los obsequios esteriores una señal del rendimiento del ánimo y deseo de servirle. Cuando estamos sin pasion, esto es, cuando miramos el sugeto de la parte de afuera sin tener interés en él, fácilmente conocemos la falsedad de estos indicios, y que muchas veces se besan manos

que se quisieran ver cortadas. Pero cuando las alabanzas y obsequios se dirigen á nosotros, es menester hacer mucha fuerza al entendimiento para dejar de creer que son sinceros y nacidos de un corazón benévolo.

SILV. — Quien tiene juicio no cree esas cosas, y de todo duda y con razon.

TEOD. — Yo lo concedo si el juicio está libre y desembarazado; pero cuando las alabanzas y obsequios son con respecto á nosotros, son rarísimos los que tienen el juicio despejado y libre, y que no se sientan arrebatados á hacer concepto de que son verdaderos los afectos del ánimo que ellos indican; y si no decidme, ¿cual es la razon por qué todos naturalmente se alegran cuando los alaban, y se resienten y dan por ofendidos cuando se les impugna, ó se les niegan las alabanzas que en su aprension se les deben? Apenas se cuenta de uno ú otro hombre grande que sepa despreciar las alabanzas.

EUG. — No há muchos dias que hallé en un libro un suceso que comprueba vuestro pensamiento. Quiso un elocuente orador recitar en presencia de cierto emperador del oriente (no me acuerdo del nombre) una oracion que en alabanza suya habia compuesto con delicadeza de estilo y buen gusto de elocuencia; pero el emperador no se lo consintió, diciendo: *Haced antes el panegirico de los capitanes antiguos, á fin de que sus hazañas nos sirvan de ejemplo: que elogiar á un hombre vivo es hacer burla de él, mayormente si es príncipe, porque no tanto es alabarle porque haya obrado bien, quanto li-*

*sonjearle para conseguir algun premio. Por lo que á mí toca os digo que mientras viva quiero ser amado, y alabado solamente despues de muerto.*

TEOD. — ¿Y podreis contarme muchos casos de esos? Cada cual, Silvio, ve claramente que los otros se dejan miserablemente engañar de los elogios y obsequios; pero si estos se dirigen á nosotros ó á personas que amamos mucho, en fin si hay pasion, luego creemos que entre las muchas falsas alabanzas aquellas son sinceras.

SILV. — A decir verdad, eso es así.

TEOD. — ¿Quereis ver otro principio generalísimo de la precipitacion de nuestro juicio, originada de la pasion? Pues reparad en la variedad que hay de opiniones sobre cualquier materia que no sea de las notorias y evidentes, y observareis que cuando hay controversia siempre ó casi siempre juzga cada uno pertinazmente á favor suyo; de suerte que naciendo la diversidad de opiniones en parte de la limitacion de nuestro juicio, y en parte de la oscuridad de la materia, parece que tan facil seria el que yo juzgase á mi favor como contra mí, pues el que una opinion sea ó deje de ser favorable á mis intereses, nada hace para que sea verdadera ó falsa. Pero con dificultad se hallará que disputando dos personas entre sí tengan cada uno por verdadera la opinion que le es menos favorable.

SILV. — Yo á lo menos nunca ví tal cosa.

TEOD. — De aquí pues se infiere que la pasion propia de cada uno nos hace precipitar la sentencia de nuestro entendimiento, impeliéndonos á dar por cierto é infalible cualquier indicio de la verdad que

deseamos. De hoy en adelante id, Eugenio, reparando en lo que encontrareis, y hallareis mas y mas confirmaciones de lo que digo.

EUG. — En este poco tiempo he hecho ya reflexion sobre lo que frecuentemente me ha sucedido, y hallo que tenéis mucha razon.

TEOD. — Ahora conviene sacar por consecuencia dos máximas ó dictámenes prácticos y precisos para juzgar con acierto en cualquier materia. Primero, *todas las veces que el juicio que formamos es conforme á nuestra pasion ó interés debemos prudentemente dudar de él, á lo menos en parte* (proposicion veinte). Segundo, *siempre que el juicio que formamos es contrario á nuestra pasion ó interés, debemos prudentemente darlo por verdadero* (proposicion veinte y una). Haced allá vuestro apuntamiento. Pongamos ejemplos, y demos razon de estos dictámenes ó máximas. Miro yo á la accion de un hombre, y la graduo de muy diferente mérito; si fuere amigo mio íntimo debo prudentemente creer que el mérito no es tanto como se me representa, por la rebaja y descuento que se debe hacer á causa de la pasion. Daré la razon de esto en un símil con que voy á esplicarme. El que va corriendo por una cuesta abajo con gran velocidad, si al acabarla quiere parar no puede, y con el ímpetu que cogió pasa mas allá del término que se habia propuesto. Pues así es el entendimiento: cuando da algun paso hácia donde llevaba su inclinacion y propension, como el alma tiene pasion á una parte y el entendimiento camina hácia allí mismo, no va sosegadamente sino con ímpetu, propension y fuerza, y en esos casos no

se reprime, siempre pasa mas allá del término justo donde queria parar; y por eso conviene volver atras un poco, y descontar ya mas ya menos, conforme á la fuerza de la pasion y á la facilidad con que se formó el juicio; pues de aquí es de donde nace la precipitacion. Por el contrario, cuando andamos la cuesta hácia arriba, y violentos, nunca pasamos del término que queremos, antes de ordinario descaecemos, y nos quedamos mas abajo de lo que pretendiamos, faltándonos algo para tocar en el punto justo; y de este mismo modo sucede al entendimiento cuando va arrebatado á formar juicio, y dar sentencia contraria á los intereses y pasiones: aquí poco riesgo hay de precipitacion, y por lo comun la pasion que impele hácia la parte contraria hace que el entendimiento no toque en el punto determinado de la verdad pura.

EUG. — Por eso las alabanzas de la boca de los enemigos son las mas apreciables, porque se suponen arrancadas á fuerza de mérito, y mérito tan grande, que no se puede ocultar ni negar.

TEOD. — Saquemos ahora por consecuencia otra máxima, y demos otro paso. ¿Debemos siempre hacer rebaja en los juicios que formamos conformes á nuestra pasion? *En los juicios que formamos de nosotros mismos siempre debemos hacer un gran descuento* (proposicion veinte y dos) Este dictamen es importantísimo, y se prueba por el antecedente; porque si toda pasion favorable al juicio le hace escocer ó propasarse, la pasion del amor propio, que es fortísima y general en todos, necesariamente nos ha de hacer errar por exceso en los juicios que ha-

ceмос á nuestro favor. Dije que esta pasion es general, porque aun los que se juzgan exentos estan presos de ella; y tanto mas miserablemente presos, cuanto mas libres se imaginan de esta prision; porque estan mas ciegos (no hablo yo de aquellos en quienes una continua meditacion, estudio sobre sí mismos y la gracia poderosa del Espíritu Santo ha hecho que se estinguiesen los defectos de la naturaleza). Uno de los hombres que mas exentos se juzgaban de esta flaqueza era Ciceron, pues escribiendo á Caton decia que si en el mundo habia algun hombre remoto de alabanzas vanas y del vulgo, no solo por genio sino tambien por reflexion y estudio, era él; y no obstante sabemos que tenia una pasion vehementísima de amor propio que le cegaba. Él mismo cuenta <sup>1</sup> un caso muy gracioso que le aconteció, el cual prueba bien esto. Venia de Sicilia, en cuyo gobierno se habia portado con mucha justificacion y acierto, é imaginaba que en toda la Italia no se hablaria de otra cosa: ved aquí el primer error nacido de amor propio. Llegó á Puzol, y un conocido suyo le pidió noticias de Roma, preguntándole si habia mucho tiempo que habia salido de allá. Ya esto causó grande estrañeza á Ciceron, el cual le dijo que no venia de Roma, sino de su gobierno. ¡Ah! ya sé (respondió el otro) no me acordaba de que venís de Africa. Aquí se aumentó la admiracion de Ciceron, y respondió lleno de cólera:

<sup>1</sup> Lib. XV, epist. iv, ad Catonem: *Si quisnam fuit unquam remotus, et natura, et magis etiam, ut mihi quide sentire videor, ratione, atque doctrina ab inani laude, et sermonibus vulgi, ego profecto ipse sum.*

¿ qué Africa ? yo vengo de Sicilia. Otro sugeto, que por casualidad se halló presente, y se suponía mas bien informado, acudió diciendo: ¿ pues qué, no sabeis que Ciceron estuvo gobernando en Siracusa ? Y aunque Siracusa estaba en Sicilia no había sido en aquella parte de la isla el gobierno de Ciceron. Él lleno de admiracion y confuso, se retiró bien avergonzado de lo que acababa de sucederle.

SILV. — No le podían dar mejor receta para curarle de la vanidad é hinchazon de ánimo que traía.

TEOD. — Pues no bastó este remedio tan fuerte para curar su enfermedad; era muy antigua, y tenía ( como suele suceder á los hombres grandes ) raíces muy profundas. Escribiendo á Luceyo <sup>1</sup> le pide, que cuando en la historia que componía llegase á su gobierno no se atase escrupulosamente á las leyes de la verdad y de la historia, sino que diese alguna cosa á la amistad, y que adornase esa parte aun mas de lo que sentía; y que le pedía esto encarecidamente.

ETG. — ¡ Qué cosa tan fea !

TEOD. — Ahí vereis lo fuerte que es esta pasión; pues aun á los hombres de buen juicio, y que se precian de no tenerla, arrastra y obliga á hacer acciones bien contrarias á su intento. Ved ahora qué rebaja debe hacer un hombre en el juicio favorable que forma de sí.

<sup>1</sup> Lib V, epist. XII. *Itaque te planè etiam, atque etiam rogo, ut exornes ea vehementius etiam quam fortasse sentis, et in eo leges historiae negligas... amoremque nostro plusculum etiam, quam concedit veritas, largiaris.*

SILV. — Pocos dias há que oí yo á un predicador famoso, el cual hablándose despues en su presencia con grande elogio de sus sermones, dijo una cosa que hace mucho al caso. Mirad, decía él, el que no quisiere engañarse con las alabanzas de los amigos debe hacer en ellas el descuento que se hace en los microscopios. El microscopio suele constar de tres vidrios, que median entre el objeto y los ojos. Cada uno de por sí aumenta mucho el tamaño del objeto, y cuando llega á los ojos se persuaden ellos que una pulga es una monstruosa langosta: así somos nosotros con las alabanzas de los amigos: la verdad pura antes de llegar á nuestro entendimiento pasa por tres vidrios que le aumentan engañosamente: el primero es el juicio de mi amigo, á quien mis cosas parecen mejores de lo que en realidad son, porque es amigo, y tiene pasión por mí; y ya aquí va un engaño. El segundo vidrio es la lengua, porque cuando un amigo mio me alaba, de ordinario dice un poquito mas de lo que siente; y ya se le escapa una palabra de lisonja y cumplimiento, y tenemos segundo engaño. El tercer vidrio es mi juicio que en fuerza del amor propio á las palabras del amigo añade alguna cosa, y aun mi idea encarece su elogio mas de lo que él dice, apoyándose con mas fuerza en las palabras que mas me lisonjean y ensalzan. Con que, amigos míos, del concepto que forma de sí un hombre, guiado de las alabanzas de los amigos, á la verdad pura hay tanta distancia como de la representación del microscopio al verdadero grandor del objeto.

ETG. — Ese era filósofo moderno, mi amigo Sil-

vio; mirad quanto sirve tener noticia de los microscopios, á los cuales vos llamais vidrios de estrangeros para engañar al vulgo.

SILV. — Yo acá me gobierno sin eso; mas volviendo al asunto, lo cierto es que es muy preciso tener un amigo ingenuo.

TEOD. — No basta eso : es indispensable un extraño ó un enemigo para poder fiarnos en su voto, porque el de los amigos es sospechoso, y mucho mas el propio nuestro. Ahora, pues, lo que digo de los juicios hechos á nuestro favor ó al de nuestros amigos, lo digo por la misma razon de los que formamos de nuestros contrarios ó enemigos. Nunca sus defectos serán en realidad tan feos como se me representan, porque mi pasion tambien en eso me ha de engañar. Esta proposicion es una verdad importantísima y certísima. Tenedla por primer principio en su género.

EUG. — Yo creo que de eso procede el que nos parezca bien una misma accion si es de amigo nuestro, y á sus enemigos les parezca muy mal.

TEOD. — A la accion mas santa y loable, si cae en las manos de un enemigo, puede este darle tales vueltas y tal postura, que aun sin faltar á la sustancia de la verdad ella quede bien fea. Pero no nos detengamos demasiado en esto : vamos á otras raices de la precipitacion y del error en nuestros juicios.

## § IV.

Del segundo origen de la precipitacion del juicio, que es la costumbre.

EUG. — La detencion en esta materia creo yo que no será inutil, antes servirá para evitar muchos errores.

TEOD. — No faltará á lo preciso. La segunda fuente pues ú origen de la *precipitacion* que tenemos en juzgar es *la costumbre*; de manera que fácilmente forma cada uno el juicio que muchas veces ha hecho, y el entendimiento con mucha dificultad se para en el camino que anduvo muchas veces. De aquí nace que sin considerar bien lo que dice da sentencia y forma su juicio, el cual frecuentemente sale errado. Eugenio, el que yo haya dicho mil veces que una cosa es así no hace que ella lo sea en realidad; y aunque yo porfie y lo diga diez millones de veces, ni por eso será mas verdad que si nunca lo hubiese dicho. Confieso que á veces me muevo á impaciencia cuando en una disputa, queriendo el otro darme razon de la opinion que defiende, me dice : *siempre lo he entendido así*.

SILV. — Esa no es razon; porque de ahí se sigue que siempre lo entendió mal.

EUG. — He oido dar aquella razon á hombres de mediana capacidad; pero ahora conozco que es una respuesta poco sólida.

TEOD. — Es menester poner algunos ejemplos de

esto mismo. Entre los infinitos que pudiera citaros solo indicaré que ambos habeis creido siempre que este aire en que vivimos no era cuerpo pesado, ni viviamos oprimidos por él, y no obstante ya me habeis confesado que siempre errasteis en eso. Ambos habeis tenido desde la infancia á la luna y los planetas por unos astros que brillaban y resplandecian con luz propia; y con todo eso vosotros mismos os habeis visto precisados á confesar que de suyo no tienen mas luz que una piedra ó pared. A cada paso estamos conociendo errores en que nunca habiamos reparado: ¿y qué otra cosa es esto sino una leccion que nos da Dios de que no hay que fiar en nuestro entendimiento por haber seguido siempre una opinion ó formado un juicio, aunque eso fuese sin haber caido jamas en duda. Continuamente encontramos hombres tenacísimos y persuadidos de errores muy palpables; y la razon que les hace tener esa tenacidad es haber siempre seguido ese juicio, el cual les parece imposible que sea errado, y que ellos nunca hayan advertido el yerro.

SILV. — La verdad es que eso hace su fuerza al entendimiento. Pero creer yo que mil veces miré á un objeto, y que todas las mil veces me engañé con él, eso es muy dificultoso de creer.

TEOD.— Pues por mas dificultad que os haya costado creerlo, al fin no lo habeis podido negar en muchas cosas.

SILV. — Así es.

TEOD.— Y ahora despues de haber visto prácticamente que teniendo estudios, perspicacia natural y buena aplicacion, aun así mirando á un objeto

diez mil veces, diez mil veces os engañasteis, ya no se os hará tan difícil de creer esto mismo en otros casos.

SILV.— Por cierto que no; pues no hay cosa que mas nos persuada que tenemos falta de vista que hallarnos engañados por los ojos en muchos casos, y yo comparo los engaños de nuestro entendimiento á los de los ojos.

TEOD.— La razon de esto es, porque mirar mil veces á un objeto sin reflexion ni curiosidad en examinarlo, es lo mismo que mirar una sola vez y de paso: por eso no nos debemos maravillar de que habiendo mirado mil veces, nunca viésemos ese engaño que nos hacen conocer al fin de la vida. Pero si nosotros mirásemos muchas veces, y siempre con la duda de si nos engañábamos, y examinásemos el objeto por diferentes lados, como fijando bien la vista del entendimiento, entonces no seria muy facil el que nos engañásemos todas esas veces, aunque absolutamente bien podria ser, no teniendo el entendimiento el auxilio preciso. De aquí viene que un rústico por mas que dude si el aire pesa, en cuanto no le socorren con alguna explicacion ó doctrina, siempre estará juzgando y creyendo que es pesado. Por lo cual conviene tener cuidado con este dictamen práctico. *No debemos dar por cierta una cosa fundados en que siempre la tuvimos por verdadera: es menester examinarla de propósito* (proposicion veintitres).

EUG.— Estad seguro de que procederé con cautela de aquí adelante.